

hablar con ninguna persona instruida. No sé dónde me enviará mañana el Gobierno, y estoy decidido a no compartir con una mujer una existencia tan movida y miserable.

—Sin embargo, ¿no debe Ud. su instrucción al Soviet?

—Se la debo a mi padre, que me ha enseñado poco a poco todo lo que sé. De otro modo, sería un ignorante, como todos los médicos nuevos rusos. ¿Sabe Ud. cómo se hacen entre nosotros los médicos, arquitectos o ingenieros? Se decreta que cierto número de jóvenes seguirán durante tres o cuatro años, cursos determinados. La mayor parte de los elegidos tiene una cultura tan rudimentaria que son incapaces de asimilar los cursos. El gobierno, que tiene necesidad de formar cada año un gran número de profesionales, no tiene valor, al fin del año, para instituir exámenes. Los diplomas son otorgados, no de acuerdo con los conocimientos adquiridos, sino tomando en cuenta la asistencia a los cursos. Y tienen buen cuidado de no someter a los futuros diplomados a un examen preliminar, porque se verían obligados a rechazar a nueve de cada diez.

—¿Hay muchos jóvenes que como Ud. son hostiles al régimen?

—Todos los que son verdaderamente intelectuales.

(De *El Mercurio*, Santiago de Chile, 9 de abril de 1933).